

Los maestros de escuela.

2-194 1
2-119

("La Nación", Buenos Aires (B. A.), 4 setiembre 1907)

LOS MAESTROS DE ESCUELA

(Para LA NACION)

SALAMANCA agosto de 1907

El homenaje rendido en esa república al que fué maestro de escuela don Antonio Zinny y la lectura de los discursos que ante su tumba leyeron los señores Reynal O'Connor, Figueroa y Seeber, me sugieren algunas reflexiones respecto al estado de consideración en que los maestros de escuela se encuentran entre nosotros.

Desde hace algunos años se ha puesto aquí en moda exaltar al «humilde y modesto»—son los dos epítetos consagrados y, en el fondo despectivos—maestro de escuela. Y no perdamos de vista todo lo terrible que es el que una idea ó un sentimiento cualquiera, por buenos que sean, se pongan en moda. Yo no sé las veces que habré oído repetir aquello de que la victoria de Sedán la debió Alemania á los maestros de escuela. Es un lugar común ya, y como tal lugar común y aparte de su exactitud, que juzgo muy deficiente, una fuente de errores.

Mas, en el fondo al maestro de escuela se le desdenea. Tiene que lidiar con chiquillos y á los niños se les manda á la escuela para que no den guerra en casa. ¡Terrible frase!

Sobre la institución del magisterio público de primeras letras pesa entre nosotros á través de los siglos un fatal peso de tradición. Es, como toda institución humana, esclava de su historia. Y la historia del magisterio público es lamentable.

En los pueblos de la antigüedad, de que recibimos la civilización, en Grecia y en Roma, educábase al ciudadano público ante todo y sobre todo para guerrero. Los primeros pasos eran los más ingratos y en su edad primera confiábase á esclavos. Los maestros de primeras letras eran, por lo común, esclavos. Un esclavo educaba al futuro amo de esclavos, en su más tierna niñez, y de este hecho tan sencillo se derivaron al cabo terribles consecuencias. Esclavo era el maestro de escuela y la tradición de esta esclavitud sigue pesando sobre él. Es natural, por lo tanto, que el oficio servil de enseñar las primeras letras al futuro ciudadano no fuese un oficio tenido en grande estima.

Nada, por otra parte, más conservador que la instrucción primaria. Verdaderamente llegó á ser, y sigue siendo en su mayor parte, un oficio servil. Cuando ya el paganismo parecía desterrado de toda vida pública, ó por lo menos cristianizado, continuaba más vivo que en parte alguna en la instrucción primaria, y hoy, cuando creemos cándidamente que la filosofía escolástica es algo que pertenece á la historia, tan sólo persiste viva en la instrucción primaria, pues ¿qué es si no escolástica toda la gramática que se da en las escuelas?

Así que la iglesia hubo vencido, parece que la instrucción primaria, como toda otra

*O. Coepletas
to uco VIII*



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

institución, cayó bajo su dominio, pero hay que confesar que en realidad la iglesia no se cuidó gran cosa de ella, digan lo que quieran sus apologistas «a priori». Su misión no era propiamente promover la cultura de los pueblos, sino salvar las almas, dominándolas primero. Y para salvar las almas lo que había que enseñar a los fieles era lo preciso para que lograsen su salud eterna. Basta leer con cuidado el libro primero de las «Confesiones» de San Agustín para ver toda la desconfianza que habría de inspirar al cristiano la instrucción primaria recibida de la antigüedad pagana y las lecturas del «dulcísimo» Homero.

La principal labor pedagógica de la iglesia fué la de hacer sacerdotes, no la de hacer laicos ilustrados; su enseñanza era ante todo una enseñanza eclesiástica, teológica, y las ciencias mismas profanas tenían que servir al mejor esclarecimiento de la teología. El centro de toda instrucción era el símbolo de la fe. Y aun hoy en día y entre nosotros, ¿cuál sino la enseñanza del catecismo de la doctrina católica es el nervio de la primera enseñanza?

La primera enseñanza como institución pública del estado y desligada ya, siquiera aparentemente, de la iglesia, se debe más que a nada a la Reforma. Fué el protestantismo el que dió impulso a la enseñanza pública de las primeras letras. Combatiendo denodadamente contra la horrible doctrina teológica de la fe implícita, contra la fe del carbonero, y estableciendo la necesidad de que todo cristiano conociera por sí mismo el Evangelio de Cristo, promovió la difusión de las Escrituras en lengua vulgar y para que todos pudieran leerlas fomentó la enseñanza de la lectura. El principio de la enseñanza primaria gratuita y obligatoria puede decirse que es un principio de tradición protestante. Y de hecho son no pocos en los países católicos los hombres al parecer cultos que combaten ese principio y pretenden poner sobre el derecho del estado el derecho del padre de familia. He oído mil veces, y casi siempre de boca de católicos intransigentes, sostener el derecho a la ignorancia y la supremacía del padre. ¡Y qué padres nos gastamos, Dios mío!

Así es cómo, por los pasos del Renacimiento, la Reforma y la Revolución, se ha llegado a la concepción del estado docente y a la idea de que es un deber del estado el dar a sus ciudadanos enseñanza gratuita de las primeras letras y además le deber un derecho. Los maestros de escuela han llegado a ser funcionarios públicos, pero el peso de la tradición de esclavitud gravita sobre ellos.

Primero en la conciencia pública. A los más de nuestros pueblos les duele el dinero que tienen que pagar al maestro y no han llegado aún a comprender los beneficios de la enseñanza. «¿Por qué no manda usted a su hijo a la escuela?» preguntaba una vez a un campesino gallego, y contestó: «¿para qué? Conozco a muchos que se fueron a las Américas sin saber de letras y han vuelto ricos.» El pobrecito no tomaba en cuenta los que por no saber de letras no pasaron de pobres.





La escasez de sueldo del maestro lo pone en positiva dependencia. «¿De qué se quejan?—exclamaba una vez un ingeniosísimo erador nuestro—¿cómo se quejan de que no ganan lo bastante si no han sabido educar á una generación que les pague?» Otras veces se repite que no merecen por lo general ni aun lo poco que se les paga, pero aquí nos encontramos en este fatal círculo vicioso de si no se les paga más porque lo merecen ó si no lo merecen porque no se les paga.

Durante largos años la carrera del magisterio primario parecía reservada á los inválidos de cuerpo y de espíritu. A nuestras normales iban á dar casi todos los mancos, cojos, tullidos y estropeados, casi todos los hijos de campesinos que no servían para las labores del campo y con ellos un buen número de fugados de seminario y otras especies de naufragos de la vida.

En las provincias españolas delitoral cantábrico, mientras las escuelas normales de maestras están muy nutridas de alumnas, á las de maestros apenas acuden aspirantes y es que los hombres desdennan carrera tan poco lucrativa. Prefieren emigrar. Y así, mientras en mi país vasco, por ejemplo, las más de las maestras son del propio país, los más de los maestros son de afuera.

Algo empieza á cambiar esto desde que las atenciones de primera enseñanza corren á cargo del estado, que les ha aumentado los sueldos.

El maestro se encuentra en los pueblos en un estado de inferioridad social respecto al cura, al médico, al boticario, si lo hay, y hasta al veterinario á las veces. Sobre todo sufre de su dependencia respecto al cura, símbolo vivo de la tutela que la Iglesia ha ejercido sobre la enseñanza. Entre nosotros el maestro tiene obligación legal de enseñar en su escuela el catecismo de la doctrina católica, y aun cuando el cura también la tenga, y además la de visitar cada sábado la escuela para aleccionar á los niños en esa doctrina, se descarga de ella sobre el maestro. Lo cual no quita que riña con éste cuando no lo haga como él cree que debe hacerse. Y además cuando la junta local de primera enseñanza asiste á los exámenes á la escuela es frecuente que el cura trate de poner en berlina al maestro y demostrar ante los ignorantes lugareños su superioridad en ilustración y cultura, superioridad que rara vez existe. Porque si el maestro sabe entre nosotros muy poco y lo sabe mal, el cura no sabe más y lo sabe peor.

La cultura de nuestro maestro de escuela es una de las cosas más dignas de estudio. La psicología especial que esa cultura imprime en él ha sabido describirla como pocos el doctísimo profesor de la universidad de Montevideo, Sr. Vaz Freyre. Lo que en uno de los ensayos que constituyen su jugoso libro «Ideas y observaciones»—una obra que honra al país en que se produjo—dice de la psicología del maestro es de una admirable exactitud de observación. Para el maestro no hay término medio entre saber una cosa é ignorar hasta su existencia; donde termina el círculo de sus conocimientos, se levanta una



barrera. Si se siente con afición á la gramática, no la ampliará metiéndose en el campo de la filología, y si con afición á las matemáticas, no excursionará por el álgebra superior, el cálculo, etc. En vez de leer dos manuales de gramática, leerá cuarenta, y en vez de resolver cien problemas de aritmética elemental, resolverá mil ó un millón. El hábito de enseñar ha matado la curiosidad intelectual en él. Al maestro de escuela le sucede, por lo menos entre nosotros, lo que al jesuita, y es que cuanto más estudia menos sabe, porque siempre les está dando vueltas á las mismas cosas. Así es que lo que sabe parece saberlo bien, como el jesuita, pero, como éste, es reducidísimo, más en naturaleza que en extensión, lo que sabe.

«Bien, ¿y qué quiere usted que se le enseñe?», preguntaba una vez el director de un colegio á un padre que le presentaba su hijo para que ingresase en él. Y el padre contestó: «Pues una tintura de todo; una tintura de gramática, una tintura de aritmética, una tintura de historia, una tintura de...» «Bueno, sí—le interrumpió el director—lo haremos maestro tintorero». Y eso son nuestros maestros de escuela: maestros tintoreros. O esto es, por lo menos, lo que se ha querido hacer de ellos, unos pequeños enciclopedistas. Causa horror considerar el número de cosas que en cuatro cursos se pretende meter en la cabeza de esos pobres muchachos que vienen de los pueblos en un estado de perfecta ignorancia enciclopédica. ¡Y así salen ellos!

En primer lugar, pedantes y llenos de prejuicios. No hay más que irle á un maestro á decirle algo que ellos crean va contra la gramática. El gerundio es tan sagrado como el más sagrado de los dogmas. Cuando por primera vez hablé yo en público contra la enseñanza de la gramática, sosteniendo que no es lo mismo enseñar gramática que enseñar lengua y que se puede y se debe enseñar á hablar y escribir con corrección y expresividad sin que sea menester para ello meterle á uno toda esa escolástica gramatical con sus pronombres, conjunciones, preposiciones, genitivos, pluscuamperfectos, gerundios, etcétera, ¡menuda fué la que me armaron unos señores maestros de escuela! No les cabía en la cabeza el que el decir, v. gr. «si yo tendría...» en vez de «si yo tuviera...» no dependa de ignorar cómo se llama á este tiempo del verbo. Y he puesto precisamente un ejemplo en que la gramática tradicional que en nuestras escuelas se enseña, la de la Real Academia Española—gramática que es un centón de despropósitos y desatinos—suelta uno de sus acostumbrados dislates. Pues incluye juntas, bajo la categoría de pretérito imperfecto de subjuntivo, tres formas como «tuviera», «tendría» y «tuviese», que ni son pretéritos ni cosa que lo valga. Porque «tuviera» es un condicional y un condicional presente—«si yo tuviera ahora dinero...»—y «tendría» es un potencial también presente—«tendría ese terreno». Y, sin embargo, el habernos enseñado á todos este desatino académico no ha impedido el que distingamos muy bien entre una y otra forma.



Pero lo que ha acabado de estropear al maestro de escuela, es eso que llaman ellos pedagogía. Como es su conocimiento específico, aquello cuya ciencia creen les distingue de los demás, se han agarrado á la pedagogía y no hay quien en ella les resista. Sostienen muy serios que no es lo mismo aprender una cosa para saberla que aprenderla para enseñarla, es decir, que hay dos físicas, una que se aprende para aplicarla en la industria y otra para enseñarla á los niños. No se han penetrado de la idea de que en la enseñanza más importante aun que el «cómo» se ha de enseñar algo es el saber «qué» es lo que se ha de enseñar y sobre todo «qué» es lo que no se ha de enseñar.

El ya citado profesor montevideano, señor Vaz Ferreira, expone en su precioso libro susoventado consideraciones, de las más juiciosas que he leído respecto á pedagogía; su trabajo puede ponerse al lado de los mejores que hayan podido hacerse en otra cualquier nación que pase por culta. Si se tuvieran siempre en cuenta los principios que el señor Vaz Ferreira propugna, no se darían tantos casos de pedagogos poco ó nada maestros, traídos y pagados, como cosa especial; no se daría el caso por ejemplo, de que una señora pedagoga al servicio de la República Argentina escribiera un libro de lectura del idioma nacional, es decir, de la lengua castellana—que éste es su nombre histórico y propio—sin saber ese idioma, que no es el suyo propio y barbarizando en él de una manera deplorable. Porque lo primero que hace falta para escribir en una lengua cualquiera, y la castellana no hace excepción al respecto, es saber la lengua en que se va á escribir. Como que las malas traducciones suelen depender más que de no saber el traductor la lengua de que traduce, de no saber bien aquella á que va á traducir, aunque sea la propia suya. Y la experiencia demuestra que en la enseñanza de una lengua extranjera, sea el alemán ó español, consigue más resultado un español que sepa suficiente alemán, que no un alemán que apenas sepa el español.

Volviendo á la enseñanza de la lengua, que es la principal tarea del maestro de escuela—lo que llaman ahora lecciones de cosas rara vez pasan de ser lecciones de nombres, como aquella que según el Génesis (cap. II 19, 20), dió Jehová á Adán cuando le presentó las bestias y aves todas para que viese cómo les había de llamar—la tal enseñanza de la lengua puede muy bien hacerse sin aparato gramatical. Lo que hace falta para enseñarla, es conocerla y conocerla, á poder ser científicamente, es decir, en su historia y su desarrollo, en su proceso de vida. Conocimiento que exige, tratándose de nuestra lengua castellana, el conocimiento del latín, su madre.

Y he aquí como he venido á parar á la cuestión de la enseñanza del latín, que veo se agita ahora entre algunos elementos de esa nación. De ella os diré algo otro día.

MIGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES